

The book cover features a landscape scene with a body of water in the foreground, a line of dark evergreen trees in the middle ground, and a hazy, warm-toned sky. A large, thick red 'X' is drawn over the right side of the cover, partially overlapping the text and the landscape. The title is written in a serif font, with 'Con la' in black, 'Fe' in red, and 'Erosionada.' in black.

Con la *Fe*  
Erosionada.

MARGARITA AGUILAR RUIZ

*Con la fe*  
*erosionada*

*Margarita Aguilar Ruiz*

*Con la fe erosionada*

Novela

Margarita Aguilar Ruiz

Editora: Margarita Aguilar Ruiz

3ª. Edición

Impreso y hecho en México

Printed and made in México.

Responsable de difusión de Casa Abierta para la lucha

Contra el SIDA, Chiapas, A.C.

Arturo Garay

Diseño de portada: Jorge Ruiz F.

Derechos reservados

Prohibida su reproducción.

## ***Mi agradecimiento para***

Por su valioso apoyo a mi carrera literaria y su solidaridad en esta lucha social.

*Las mujeres, hombres, niñas y niños que viven con VIH/SIDA, que me han abierto el corazón y regalado verdaderas lecciones de fe.*

*Mis amigas y amigos de las asociaciones civiles comprometidas en la prevención y el control del VIH/SIDA, y en la búsqueda de un verdadero ejercicio social de los derechos sexuales y reproductivos:*

*Casa abierta para la lucha contra el SIDA Chiapas*

*(Juan Manuel Dodero, Juan M. Rubio, Arturo Garay, Arturo Vázquez, Jorge R. Adán y todos los integrantes de esta maravillosa asociación que han sido unos verdaderos hermanos para mí... muchas gracias).*

*Abracemos a Tonalá, a.c.*

*(Amalia y Jesús, que con su amor nos están dando una inolvidable lección).*

*CIFAM – MEXFAM*

*(Gustavo García, Alejandro Rivera, Rosi Alvarado, Esther y por su incondicional amistad)*

*Fundación Mexicana para la lucha contra el SIDA*

*(Javier Martínez, y a todos quienes día a día entregan ahí sus esfuerzos)*

*INFROSUR*

*Chiltak*

*Una mano amiga Tapachula*

*Colectivo Sol*

*Proyecto Políticas.*

*FRENPAVIH*

*VANMPAVIH a.c.*

*Marie Stopes*

*Dedicada a*

*Patricia Uribe Zúñiga*

*Una mujer con un entrañable compromiso en  
esta lucha.*

*Ángel René Estrada*

*Porque en algún momento de mi vida,  
inspiraron mi vocación por la lucha contra el  
VIH/SIDA.*

*MI NOMBRE:*

*Es Lucía, sí, Lucía Santis. Tengo horas de estar aquí esperando, bueno, siempre espero, pero ya me cansé. Esto pesa más que los tercios de leña que todos los días llevaba a San Felipe. No me gusta hablar mucho de mí, pero ahora me salen los ecos como las lágrimas, así de fácilito. Qué bueno que ya llegaron sus ojos y su conciencia, puedo verlos desde aquí, sí, desde cada página en la que quiero ocultarme y salir. No es nada gracioso estar así: estar y luego no. Pero bueno, la hermana Azucena le dijo una vez, que así es la vida, a veces uno la vive y otras, uno se deja llevar. Gracias por abrir este libro, así circula un poco de aire fresco como aquel, que un día respiraba sin prisa; ahora sí la tengo por irme, sí, a un paraje cerca de aquí y lejos de San Felipe, pero antes, necesito que lleguen todos; tú y ellos, con sus ojos y sus conciencias...*

# I

## *Hay encuentros a deshoras que se buscan siempre*

San Juan de los Lagos, mi tierra natal, ahí me dio un vuelco el corazón a temprana edad. Santidad a gritos pedía mi alma desde los doce años, y no hubo, sino conatos de alegría, cuando anuncié mi decisión de ser religiosa. No era una novedad en San Juan de los Lagos, cuna de tantos religiosos y religiosas. Lugar idóneo para las visitas papales y semillero de obispos. Sin embargo, mi padre, al comunicarle yo mi vocación, con su voz y ademanes de hombre sexagenario, prudente me pidió que intentara una carrera universitaria, ante el enojo contenido de mi madre, que había deseado ser religiosa hacía un buen número de años y, claudicando en su anhelo, ante el amor explosivo carnal de una tarde de verano, que la hizo desistir con un embarazo. En mí vería su tardía, pero, al fin y al cabo, realización.

Era uno de esos cálidos días tapatíos y la Madre Superiora de mi orden me había citado. Tres meses habían pasado desde el día de mi ordenación y aún flotaba en el rito del desposorio con Dios. Sinceramente me sentía intrépida y mi anillo nupcial, era fuente de orgullo.

Veía tantas posibilidades de entrega, que en ese justo instante podía sentirme como la mujer más afortunada y feliz del mundo. Aquí mi energía podía desbordarse sin recelo a las traiciones de ninguna índole, pues Dios nunca traiciona, que sabiduría la mía, al optar por este camino de congruencias; definitivamente tendría que esforzarme mucho para estar al nivel de tan alta encomienda: el ser una religiosa. Me sentía viva, emancipada, con bríos para emular a la propia Teresa de Calcuta.

Atrás había quedado ese intento de ser médica, el tiempo en la universidad ayudó a convencerme de que quería ser una sanadora de almas, las clases de anatomía e histología, jamás me llenaron el espíritu. Mi búsqueda intelectual y espiritual tenía un camino seguro, profundizar en los estudios teológicos, me emocionaba.

Recuerdo vivamente el día de mi ordenación, estaba desnuda frente al espejo, creo que, el ver mi cuerpo así y saberlo virgen, me causaba gran placer. Acaricié mi vientre, sabía que jamás se abultaría en la consigna de la maternidad y cada mes vería ese sangrado, hasta que la anunciación biológica de una imposibilidad me llegara con sus bochornos.

Llegué a la cita pulcra y digna, que no había nada que empañara mi ser, era una soldado – esposa de Cristo, el solo saberlo, me llenaba de seguridad. Maternamente me acogió la madre Cristina, con gran habilidad preparó sendas tazas de té, y las hizo acompañar por frágiles galletas cubiertas de glaseado.

–Hermana Azucena, hemos observado con mucho agrado su disciplina y discreción en estos meses de su ordenamiento, y quiero manifestarle el reconocimiento de nuestro arzobispo – dijo ceremoniosamente una religiosa de piel nívea y ojos tan saltones como miope podía ser.

–Gracias Madre, usted me conoce desde que asistí al colegio aquí en San Juan, y creo que mucho de lo que es ahora mi deseo de servicio, me lo inculcó a través de esas lecciones sobre la vida de Teresa de Jesús y las heroínas de la Biblia como Ruth, Esther, etc. Y por supuesto, la propia Conchita Cabrera de Armida.

–No tiene por qué dar las gracias, somos humildes instrumentos de dios y bueno, confío que usted también sepa ser una gran fuente de inspiración para futuras generaciones; pero dígame ¿Cómo están sus padres? – preguntó acomodándose en el sofá e bordados beige, que combinaban estoicamente con la alfombra y cortinas de su habitación.

–Bien gracias. Bastante inquietos, por una parte, porque saben que es posible que se me comisione a algún lugar distante y temen dejar de verme muy pronto.

–Sonreí y pensé que también era mi inquietud.

–Pues he de ser franca con usted, – dijo frunciendo el ceño y provocando que sus ojos sobresalieran aún más.

–¿Ya tiene algún lugar para enviarme?

–Chiapas

–¿Chiapas? – sentí temor, no esperaba algo tan lejos y tan desconocido para mí.

–Comprendo lo que siente, yo lo viví. No se preocupe, luego se adapta uno a todo.

–¿Cuándo tengo que presentarme? ¿A qué parte de ese estado? – dejé la taza sonoramente.

–Va a tener un agradable trabajo en la diócesis de San Cristóbal. Sí, allí donde se han llevado a cabo tantos sucesos que han captado la atención internacional. Vamos, sé que tiene el tesón para ir a otras latitudes, eso sí, no espere emociones fuertes que no las habrá, tendrá tiempo y las condiciones para seguir cultivando su espiritualidad. Tiene que partir la próxima semana y su trabajo será directo con el señor obispo de esa diócesis.



–Me siento un poco abrumada. Sí, estoy dispuesta a hacer un buen papel en nombre de Dios y de mi orden. Creó que será una labor que requerirá mucha seriedad y responsabilidad.

–Dentro de mí, las emociones se encadenaban, era una admiradora del ex obispo de San Cristóbal Samuel Ruiz, y lamenté que esto no hubiese ocurrido unos años atrás cuando él todavía tenía a su cargo la diócesis. Ya le habían sucedido dos obispos desde entonces y bueno, sin embargo, podía imaginarme que lidiaría con gente que había trabajado directamente con él y eso me motivaba, mi fibra social se removía en su sarcófago.

–Sí, y yo confío en usted. Vamos a dejar esta charla aquí, tendrá que realizar algunas despedidas – su abrazo cálido y firme, fue el punto final e inicial, un parteaguas en mi vida.

Así empezó todo, nunca sospeché que el insomnio se amarraría a mi cuello mucho más sólidamente que este crucifijo en quien había depositado mi equilibrio emocional y, que era, infaliblemente resistente, como para contener mis más huracanadas rebeldías.

## II

*Una sombra con forma de proteínas estéticas ha brotado del pantano más fabuloso, de sueños extraídos del aura de una extraña inconciencia, un ente cocinado en la médula de una catacumba... como si cierta inmaterializable venganza o designio epopéyico, hoy fuera hartamente posible.*

*Un poder con alas de libélula, así de transparente, casi imperceptible, el cual visita con su danza tenebrosa nuestros temores más íntimos; se ríe de nuestra tibieza, de este terciopelo de humanidad que “cubre”, pero en realidad desnuda, hasta la más cruda vértebra, así, mostrándonos sin toda esa teatralidad, nos arroja sin escrúpulos ante un fatídico espejo.*

El viento helado irrumpió repentinamente sobre las débiles viviendas de San Felipe, un pueblo – isla, encallado en los altos de Chiapas, un espacio de tierra y casa que puede ser tan imaginario como real; en esta comunidad se encuentran todas y ninguna a la vez. San Felipe late en mi existencia más fuerte que este corazón, que creo estar resucitando de entre muchas cenizas. Con tan solo cerrar los ojos o abrir mi conciencia, aparece su fotografía mítica y cruda. Y puedo vivirlo, puedo revivirlo todo en sueños, los fantasmas y los desacatos.

Un grupo de niños dejó su afán de martirizar al flacucho perro apodado “Negro”, que era de todos y de nadie, pero sin más preámbulo, dirigirse abruptamente al lugar más cálido en sus refugios de bajareque. La inspiración del juego se había coagulado, instinto infantil, como el de las aves silvestres... algo se gestaba, enrareciendo el aire, era hora de ocultarse.

A unos kilómetros de ahí, una hilera de mujeres presurosas de columna encorvada por los tercios de leña, se refugiaba bajo unos árboles de gruesas hojas, el viento se estaba volviendo indomable y el olor a tierra húmeda cercana, avisaba lo inminente.

Lucía bajo bruscamente de su espalda el cargamento, su rostro era redondo y chapeado, como una manzana en su punto, las demás mujeres hicieron lo mismo y algunas sacaron de sus bolsas, tortillas doradas, sal y elotes asados, preparados desde la mañana, para el singular entremés. Lucía era de una extraña belleza, desde su nacimiento había sido motivo de admiración, la partera embelesada no pudo resistir la tentación de limpiarla con un detenimiento excesivo, pese a no haber ayudado aún a su madre con la placenta.

Robusta, de labios perfectamente definidos y de llanto poderoso, no pudo menos que augurarle que se convertiría en lo que ahora era: una joven cautivadora de grandes pestañas y mirada expresiva. Si bien muchos se daban cuenta de su atractivo, prácticamente nadie caía en la cuenta de su excesiva capacidad de observación y perspicacia. Su energía le permitía una trascendencia rara en su contexto, se había dado tiempo incluso para aprender a leer, cosa que no molestaba ni ayudaba en su familia, porque cumplía plenamente con las tareas cotidianas.

Juana, una indígena demasiado bonachona para sus dieciséis años, se le acercó con una sonrisa.

–Así que, ¿te vas a casar con el Felipe? – le preguntó a Lucía mientras acomodaba sus largas trenzas amarradas con chillantes listones. Felipe no era un hombre despreciable y, a muchas les hubiera gustado contar con su cortejo. Era originario de San Juan Chamula y distribuía con sus propios camiones de carga, verduras, frutas y legumbres, a varias localidades y municipios.

–No lo sé todavía – dijo quedamente, –mi papá quiere y él insiste mucho.

A Lucía le parecía que Felipe era bastante aburrido y no le entusiasmaba la idea de ser parte de su empresa de distribución de verduras, frutas y legumbres; aunque seguramente tendría muchas comodidades... pero finalmente, presentía que no podía evadir por mucho tiempo más su destino, su papá estaba acelerando el casorio sin consultarle. Pero mientras eso ocurría, podía darse tiempo para pensar y soñar.

Su memoria le trajo imágenes de un día de abril, volvió a situarse del otro lado del lago, donde había conocido accidentalmente, a uno de esos hombres que suelen cubrirse el rostro con pasamontañas y, que le dijo llamarse Santiago. Recordaba con precisión su voz, quizá no mucho de cómo empezaron ese diálogo casual, pero conforme transcurrieron los días sus recuerdos fueron inflamándose y aquella conversación misteriosamente volvía más y más extensa en su mente. Ese día, el día del encuentro, ella, con su habitual osadía, se había apartado de sus compañeras con las cuales había ido a cortar duraznos. Siguió un rumor y después de sortear ramas y charcos, descubrió a Santiago liderando a un grupo de encapuchados, dándoles órdenes directas a través de radios. La curiosidad la mantuvo agazapada un buen rato, vio partir uno a uno a todos los hombres y luego él, sin ningún titubeo volteó hacia ella y, para su sorpresa, con gran seguridad y presteza se dirigió a los matorrales en donde ella se creía invisible, y la invitó a pararse amablemente, ya la había descubierto desde hacía un buen rato. Con una desinhibición rara para su condición de

indígena, ella levantó la frente y se plantó con una ligera sonrisa que rayaba entre la soberbia y la coquetería.

Ella hizo sus preguntas mientras lo exploraba con esos ojos hambrientos de la vida y él quedó prendado de su arrojo. Lucía era extrañamente atractiva y eso era suficiente para cautivar a un líder como Santiago.

–Yo también anduve con dudas antes de casarme, pero... ahora digo que está bien, da miedo al principio, pero se acostumbra uno. Por lo menos mi esposo no se emborracha tanto como mi papá, que llegaba a golpear cada que tomaba posh – dijo Juana arrancando a Lucía de su emotivo viaje al pasado, e intentando animarla a ese irremediable paso en su vida.

Iba Lucía a explicarle lo que pensaba de Felipe, cuando algo le detuvo el aliento, de entre las mujeres mayores surgieron alaridos de terror, se arremolinaron violentamente, jalando a las más jóvenes al centro.

– ¡Los zapatistas!

– ¡Nos van a joder esos cabrones!

–Vienen a vengarse de todo el apoyo que le hemos dado al gobierno – sentenció Eloísa, una mujer viuda de tez tan curtida, que era casi siempre imposible definir en ella tristeza o alegría. Su calma contrastaba fuertemente con la angustia de las demás mujeres.

El ruidoso danzar del aire con las hojas de los árboles y arbustos, poco a poco se fue perdiendo ante el sonoro galopar de los caballos y corazones.

– ¡No nos podemos quedar! – sentenció Cata con esa mirada de hojas otoñales que no cesan de caer.

Un silencio sepulcral inundó los labios de aquellas mujeres, era hora de correr.

– ¿Y la leña? – preguntó Eloísa.

– ¡A la chingada la leña! – otra vez Cata protegiendo a Lucía, su hija, un bien que hija Sandra.

Presas del pánico corrieron rumbo a San Felipe, en la mente de cada una resurgían apocalípticas las imágenes de los ocurrido en Acteal y en otros enfrentamientos, sangre e historias deshilachadas de las que la prensa no tenía claro conocimiento; finalmente, no importaba quien se dijese el agresor, lo cierto es que las víctimas eran siempre las mismas: los niños y las mujeres.

Lucía se enredó con unas raíces y cayó sobre una piedra lastimándose el tobillo. Cata le llevaba distancia y no se dio cuenta de lo que le había ocurrido a su hija. Se agazapó e instintivamente se cubrió de tierra, hierbas y hojas.

Lloraba silenciosamente. Se había perdido del grupo y el galopar se hacía cada vez más y más cercano.

–Míre mi comandante, nos dejaron leña–. Esto sí que es un regalo de Dios– dijo una voz socarrona.

–Déjalas, no son nuestras, los dueños vendrán por ella – dijo otra voz con acento de mando. –tenemos que apresurarnos para llegar a San Bartolomé lo más temprano posible.

Lucía se vio rodeada por esa caravana de hombres y caballos que murmuraban y resoplaban. Los intrusos pasaban a su lado. Percibía su olor a caminos agrestes, sentía su aliento intrépido y una voluntad extraña que la desconcertaba, pues su padre solo se refería a ellos con insultos, al igual que lo hacía con los testigos de Jehová y los del séptimo día. Cerraba los ojos con fuerza, deseando que el momento pasara pronto.

– ¡Miren que encontré! ¡Una espía! – exclamó una voz triunfal mientras con brusquedad, agarraba del cabello a Lucía, cubierta de hierbas y tierra.

– ¿De dónde eres? – le preguntó su descubridor visiblemente divertido por la infructuosa resistencia de la joven que lanzaba alaridos y maldiciones.

–Es de San Felipe – dijo nuevamente aquella voz de mando, esa que tenía la propiedad de dar tibieza a los encarnizados ánimos. –suéltala Sebastián, yo la conozco.

El líder bajo con destreza del caballo y retiró la mano de su subalterno, que sujetaba las trenzas de Lucía. Ella se agazapó en silencio sumiéndose en una quietud espectral.

No se hicieron esperarlas miradas semiburlonas y los ademanes furtivos de los demás hombres, pues reconocieron las intenciones de Santiago. El grupo de recién llegados entendieron los ademanes de su jefe y se marcharon a todo galope, dejando a Lucía con ese hombre, al que solo se atrevía a verle las botas de gruesas suelas y respirarlo como quien descubre el aroma por primera vez.

– ¿Qué haces aquí? – dijo mientras se arrancaba el pasamontaña, dejando al descubierto la brillantez de sus rasgos indígenas.

– ¿Santiago?

– ¿Te acuerdas de mí? ¿Cuánto hace que no nos vemos? Ven, vamos a otro lugar, ya va a empezar la lluvia – dijo acercándose a Lucía.

–Me duele la pierna, no puedo caminar bien. – dijo entrecerrando los ojos mientras sentía que se transformaba en nube al ser alzada en vilo por Santiago. Su brazo fuerte le penetró la piel, otra vez.

Como no acordarse de él si aún guardaba un prendedor dorado que le había regalado cuando se conocieron. Cuanto habían platicado en aquella

ocasión frente al lago, cuando por primera vez se había sentido demasiado débil del corazón y experimentado lo que era estar enamorada. Una súbita rebeldía la había hecho atrevida y se dio la oportunidad de penetrar en los ojos inmensos de Santiago, como una noche tibia.

Quien sabe porque acto de magia o brujería, Lucía olvidó miramientos rígidos en cuanto al pudor. Fenecieron fácilmente las palabras de su madre y de otras mujeres que antes habían resonado con autoridad insoslayable, bloqueando parcialmente sus sentidos. Ella abrió una puerta, y se quedó prendida del umbral a un nuevo mundo, a uno de roces plenos y cálidos... sí, por la tersura de aquel hombre que la escuchaba y le descubría opciones de vida distintas; que le hablaba de escuelas, igualdad, luchas impensables a su credo, y de cómo vivían y se relacionaban los hombres y mujeres en otros lugares que le parecían fantásticos y le inflamaban el deseo de escuchar más. Él embelesado con su sui generis discípula, que levantaba la frente más que todas aquellas que antes había conocido, se la grabó en la mente para buscarla. Entre la santidad concentrada de esa tierra fértil y bella, sus sentidos descubrieron el paraíso sin fronteras de la libertad. Supo entonces de su goce personal, de su capacidad indescifrable para la seducción. Santiago la invitó a su vida, la estrechó apasionadamente suplicándolo que aceptara, que dejara todo y lo siguiera. Beso sus hombros en espera de la respuesta, y ella en un gesto de arraigo o extraña prudencia, decidió que no. Un temor la sujetaba. Se despidieron indecisamente, ahí frente a ese lago memorable después de muchas pausas, risitas cortadas y colores que le turbaban las mejillas. ¡Cómo le había gemido a Lucía de tristeza el alma!, el lago quedaba atrás y el mes de abril claudicó, no sabía si lo volvería a ver.

Sin embargo, abril parecía resucitado ahora, alguna plegaria había resonado y se sentía cobijada de nuevo. Ahora otra vez lo tenía cercano, lo observaba vivamente, casi sin parpadear, pues ahora quería ser capaz de recordarlo con mayor claridad y quería tener el poder de identificar la voz de él, aún entre mil cantos de aves. Momento crucial; decidió que se casaría con Felipe, si en algún momento su voluntad se había sentido herida por la presión paterna, ahora se sentía salva. Ya vería ella que hacer para librarse de ese designio.

Después de cabalgar por senderos estrechos y abriendo otros tantos, llegaron a una cabaña con la bienvenida de los rayos y truenos, que inmediatamente fue seguida por un aguacero memorable.

Un vapor intenso cual brebaje afrodisíaco inundo el recinto, vientre de árboles: ese pequeño espacio se volvió selva y otros mitos. Un influjo mágico cayó sobre ellos, dos indígenas enlazados por su sexo joven y virtuoso.

El habló de sus ideales, su cuerpo puso los acentos más tímidos, ella se dibujó a sí misma en un fresco contoneo, como si fuese aleteo de colibrí entre los brazos viriles. Santiago con gran paciencia y calidez fue embebiéndose del descubrimiento de Lucía, del poder y la fortaleza de su “ser mujer”. Y era de pronto él, quien se sonrojaba ante la belleza e intuición de Lucía.

Santiago, el líder, se encontraba rendido voluntariamente a los pies de Lucía, turbado así, nadie podía reconocerlo, como el hombre recio, de carácter, quien antes de colaborar con el movimiento armado se había licenciado en pedagogía con excelentes calificaciones, becado a Canadá por un convenio de la Universidad Pedagógica. Ayudó a Lucía vendándole sus heridas corporales, lamió la piel de su rodilla, se sintió ungido por su sangre suave y sazónada, ansioso se deslizó hasta sus muslos y tembló de emoción ante la beldad de esta sirena de la selva.

Se retiró levemente ante la mirada por momentos misteriosamente inmutable de Lucía, su quietud y serenidad lo sonrojaban. Se apartó agitado y continuó la conversación detenida en algún momento, le preparó en su rústica cocina, sendas tostadas con frijol.

La tarde avanzó y el fuego cobró dimensiones humanas; lentamente, como el fluir de un riachuelo, se fusionaron henchidos de deseo en un solo respiro, sus labios carnosos se reencontraron después de un viaje entre designios y otras vidas, se auto encontraron en un exquisito trenzar de alma y saliva. La belleza y perfección de sus cuerpos canela, plenos y rebosantes, sin los tintes anoréxicos que promueven los cánones comerciales, apocaba a la exquisitez de la misma selva. El deseo se hizo danza y Lucía dejó que aquellos sueños con seudópodos, se hicieran realidad en su territorio más vivo. Permitted con un ritmo celestialmente erotizante, que las manos de aquel hombre – héroe, le recorriera sus frutales senos y, que sus labios encontraran la cima electrizante de sus tensos pezones.

El visitó, tembloroso y gimiendo, el nombre de ella, visitó y hospedó su cintura, se derritió como un niño gozoso entre la encrucijada de su vientre y sus muslos. Intercambiaron aromas de ciprés, durazno y el de sus sexos que se conjuraban mutuamente en la feliz alquimia de la pasión que surge y llena todas las posibilidades.

Ella sintió como nunca antes, estremecimientos que le emancipaban las cuerdas vocales y jadeó como un canto silvestre, como el viento de la selva que

abraza a mil hojas. Convulsiones de vida, besos que no pueden esperar la sensatez de las palabras. Alguien le había dicho meses atrás, en un afán de congelarle su rara intrepidez, que, si alguna vez se encontraba a solas con un zapatista, su vida quedaría maldita, no recordaba si era una sentencia de su madre, de Eloísa la partera o de algún espíritu inserto en alguno de sus sueños. Que equivocadas palabras... ahora se sabía bendecida, milímetro a milímetro, desde su carne, hasta el último resquicio de sus suspiros.



### III

*Como llamar hoy al susurro que envuelve a la más intocable sexualidad, como asomar la cabeza sin ese temor que se ha tejido como parte “saludable” de mi existir social... no lo sé, y mis juramentos se destrozan a un ritmo magistral... que presiento cederé, y no tendré más remedio que triturar la locura que me ata a una hipotética historia que no es la mía. No sé cómo llamarla, pero en mis rezos no encuentro la coherencia que me dignifique como una mujer más y ya.*

Por un interminable corredor de una casa san cristobalense cubierto de cuadros sacros, una religiosa pecosa acompaña a un sacerdote septuagenario, que le da instrucciones precisas con ademanes cortantes y pseudo simétricos.

–Hermana Concepción, he decidido nombrarla directora del albergue femenino Santa María. Estoy sumamente preocupado porque se ha incrementado el número de jovencitas indígenas que están realizando abortos clandestinos, y a las que logramos internar en el albergue, prefieren dar en adopción a sus hijos y no quedarse con ellos, y al poco, regresan nuevamente. ¡No entiendo que les pasa por la cabeza a estas mujeres! Tal parece que las adoctrináramos para cometer los mismos errores. Confío en su sensibilidad e inteligencia para tratar de solucionar esto. No está bien que se diga que el albergue Santa María es un centro de distribución de hijos no deseados.

– Asumir el mando del albergue es un gran reto padre, conozco a la actual directora, la Hermana Francisca y, sinceramente, creo que ella ha realizado un gran esfuerzo, – la religiosa respiró profundamente y enderezó levemente su espalda, como tomando energía.

De pronto campanas inquietantes, era el segundo repique para la misa de las ocho de la noche. Ambos ministros de Dios, apresuraron el paso.

En mi opinión padre, esas mujeres prefieren perder a sus hijos dándolos en adopción, para intentar regresar a sus comunidades y tener otro esposo, pues es más difícil que las quieran aceptar con el hijo de otro; sin embargo, coincido con usted en que hay que tratar de penetrar más con la doctrina, pues también he tenido conocimiento de jovencitas que se vienen a aliviar de dos, tres o más hijos no deseados y que nunca saben del padre.

Sin lugar a dudas la Hermana Francisca tiene buena voluntad, más no es suficiente, hay muchas cosas que hacer por estas pobres mujeres; hay que buscar los medios para evitar más expulsiones, que ya no seamos el refugio de la intolerancia – el sacerdote se agarró la frente abrumado.

–Pero usted sabe mejor que nadie que los conflictos irreconciliables entre los pueblos indios por asunto de religión, política y otros, son los que están originando tantas expulsiones y, sin el afán de contradecirle, no comparto la información que usted tiene sobre el incremento del número de abortos, más bien, son más las que están tomando pastillas, e incluso ya algunas organizaciones no gubernamentales como Marie Stopes, están proporcionando el condón femenino y, bueno, la información del uso de la píldora de emergencia. Yo creo que la hermana Francisca estaba realizando ciertos convenios con tipos de organizaciones que, a lo mejor, –titubeó– puedan hacer que, ¡claro sin promoverlo naturalmente!, buscando un término medio, que las jovencitas no se embaracen tan chicas –alcanzó a decir la religiosa con su acento norteño, hasta que el padre la hizo callar con una mirada reprobatoria.

–Hermana, esto no está sujeto a discusión, la hermana Francisca será sustituida por usted y empezaremos de nuevo, con más doctrina, más oración, recuerde que la diócesis está considerando su solicitud de beca para que realice estudios de postgrado en la Santa Sede, y créame que, si realiza una buena labor, curricularmente le sería muy beneficioso. No queremos más abortos, más asesinatos, sea cuál sea la vía: la píldora esa de emergencia que está volviendo más libertinas a las adolescentes y que CIFAM – MEXFAM está difundiendo como si fuera cartilla de vacunación, y que decir de esas campañas a favor del uso del condón y el dispositivo para adolescentes –el sacerdote hizo una pausa y resopló con más fuerza. Y ahora eso del condón femenino, por suerte y bendito Dios tan grande, las instituciones de salud han tenido la buena conciencia de no difundir su uso, no promover la venta en farmacias, esas mujeres de esa ONG que se llama Marie Stopes ¿las conoce no? Me tiene exasperado con la promoción que le están dando al condón femenino, me preocupa que se metan tanto en las comunidades, ojalá que un día de estos les den un susto por andar de libertinas.

Hermana tenemos mucho trabajo, nuestra cruzada en pro de los valores de la familia y los mandamientos de nuestra Santa Iglesia es ardua. Nuestra misión es que esas mujeres tengan a sus hijos y que no los regalen como perritos, porque luego regresan nuevamente embarazadas y la historia es la misma, niños sin padre, trabajando desde pequeños y drogándose. La Hermana Francisca está algo confundida, precisamente por mucha de esa información barata, así que la

mandaremos un tiempcito a San Juan de los Lagos a que fortalezca su fe. Las instrucciones son muy precisas para usted. La espero mañana a las siete para que tome posesión de su cargo.

La religiosa se quedó sola mientras veía la silueta del sacerdote perderse con la rapidez que le permitían sus zapatos de charol negro y sus artríticas articulaciones. Todavía alcanzó a escuchar dos resoplidos más. Por su mente cruzaron los rostros femeninos de aquellas historias que había conocido en su apostólica labor, mujeres que buscaban en el aborto, una oportunidad para reanudar su vida y perder el cielo. La misa, en la iglesia de Santo Domingo estaba principiando, las campanas lloraban sus ritos, emitían sus gemidos que advertían a los “coletos”, como les decían a los nativos de San Cristóbal de las Casas, que era la hora de la contrición, de buscar el perdón por la sordidez de la carne infame. Débil... indiscutiblemente humana.

Yo debí haber salido desde hacía unos veinte minutos rumbo a la misa, pero quise abordar a la que sabía sería la directora del albergue femenino Santa María.

– Sin proponérmelo he escuchado la conversación con el padre Guillermo— dije evadiendo un poco la mirada para no tener que confesar que lo había hecho intencionalmente; y quiero decirle hermana que estoy dispuesta a ayudarle en lo posible, usted sabe que curse algunos años de medicina y que he estado solicitando una oportunidad para trabajar con un grupo de mujeres... antes ya había platicado con la hermana Francisca, pero no pudimos ponernos de acuerdo en algunos puntos.

– Hermana Azucena —dijo la religiosa cuarentona agarrándome fraternalmente los hombros — veo en sus ojos un sincero deseo de trabajar con ese grupo de mujeres, comprendo que estos dos años realizando trabajo administrativo en la diócesis no le han llenado mucho, aunque es comentario general de la diócesis y también del señor obispo que ha sido usted sumamente eficiente y dedicada; bien, pero yendo al punto, desconozco porque la hermana Francisca no le haya parecido nombrarla parte de su equipo, aunque no debería culparla, no es bueno emitir juicio de valores tan precipitadamente, recuerde que nos regimos por instrucciones del señor obispo; voy a hablar con él lo más pronto que se me sea posible y, si no tiene ningún inconveniente, claro que me gustaría contar con sus conocimientos; sé que estudio algunos años medicina y ha tomado buenos cursos con la Cruz Roja Internacional.

– Se lo voy a agradecer mucho y créame que trabajaré con mucha dedicación para apoyar de la mejor manera a esas muchachas, he sabido que algunas son casi niñas y comprendo que se encuentran en un trance difícil como

lo es el embarazo no deseado – dije con una gran sonrisa mientras la hermana se despedía, correspondiéndome con una igual.

Por fin tenía entre mis manos la oportunidad que había esperado, seis meses haciendo trabajo de escritorio, contable y contestando oficios, había sido suficientes para probar mi voluntad y disciplina, ahora quería esa parte por la cual había decidido ser religiosa, el trabajo con la gente, involucrarme en esos problemas tan difíciles, incluso para la bondad de la iglesia.

Aunque había nacido en otro estado del país, sentía estas tierras como mías, y buscaba como encarnarme más; la tarde caía como un presagio, era hora de retirarme para concluir unos trámites a la oficina de la diócesis, me dirigí a la salida del templo. Hoy no asistiría al servicio, una decisión abrupta, mejor hablaría con Dios en silencio, en mi reclinatorio personal.

Crucé varias calles empedradas, vi pasar una pareja que discutía algo sobre unas llaves, un niño corría tras un vendedor de globos, en una glorieta dos adolescentes jugaban al amor mientras sus mochilas permanecían olvidadas en un charco de agua, un joven con los hombros tatuados saludaba a un travesti de chillantes pulseras y, este le correspondía el saludo sacudiendo su melena rojiza, un auto verde reluciente me tocó el claxon estridentemente, anunciándome que el semáforo de la calle que cruzaba ya no estaba en amarillo y un médico con larga bata blanca caminaba lánguidamente mirando al suelo y enseñando la aureola de calvicie que coronaba su cabeza... esto era parte del mundo, y yo estaba y no estaba en él, a veces me sentía tan sola que me detenía a llorar en cualquier librería, tapándome el rostro con algún libro hasta que respiraba profundamente superando el pesar.

Sabía que pertenecía a la gran hermandad de la iglesia, eso me confortaba, pero a veces, ese nexo familiar no era tan tangible o tan natural como el de la familia que un día tuve, en donde una madre me abrazaba, y era tan delicioso dormirse bajo la protección de su cuerpo en una noche de sombras, o cuando la fiebre me hacía su presa por consumir demasiados helados en el verano, el verla preocupada llevándome bebidas y medicinas a mi recámara, era un bálsamo espiritual que me hacía sentir especial.

A mis veintinueve años, sentía que había tomado decisiones muy duras, elegir un celibato y un renunciamiento a establecer una familia como la de dónde provenía... tenía mis motivos y, a pesar de la nostalgia que como rocío espeso me caía en fechas y horas definidas, estaba en el camino de esa exaltación que añoraba.

Sin embargo, era cierto... una conspiración me atrapaba por momentos y luego la deslizaba en poemas inéditos que publicaba en revistas nacionales, con